



HISTORIA GENERAL
DE FRANCIA

POR

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 112 y 113.

BARCELONA:

IMPRENTA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,

CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1873.

el grito arrancado por el paroxismo de la desesperacion, sino una resolucion hija de las consideraciones del peligro, y del ánimo que en medio del peligro, su resolucion es digna de alabanza en todos conceptos. Nos congratulamos de poder consignar aquí un hecho de



CONVOY DEL DUQUE DE LUYNES EN DICIEMBRE DE 1621.

puede desplegar una poblacion bien avenida cuando se trata de defender una causa justa. De suerte que aun cuando los habitantes de San Juan de Losne no hubiesen tenido todo el valor que aparentaban firmando aquel acta la Historia de Francia, que tantas veces se ha repetido, como hemos dicho, en España al grito de ¡vencer ó morir! y en defensa de una causa santa como la independenciam ó el patriotismo. Sin embargo, y con intento de dar al hecho

que acabamos de esponer toda la gloria que se merece, no llegó el heroismo de San Juan de Losne á lo que llegaron otros de nuestra patria.

Lleváronse á cabo los preparativos necesarios para cumplir la resolucion de aquella junta: todas las materias inflamables fueron colocadas en las casas, de manera que pudiese pegarse á ellas un fuego violento é instantáneo. Las mechas que iban á parar á tales focos de incendio salian de todas las puertas de las casas, y las mujeres y los niños permanecian cerca de ellas encargados de pegar el fuego á la señal convenida, que habia de ser el tocar arrebató la campana mayor de la parroquia. Al extremo de la calle mayor y en frente de la brecha se abrió un horno á propósito para cargarlo con mucha pólvora y que debia explotar al pasar por encima el enemigo triunfante. No quedaron libres mas que algunas callejuelas separadas y por las cuales podia irse fácilmente al puente.

Mientras se cumplian todos esos preparativos, anunció el asalto del enemigo una descarga general de la artillería sitiadora: corrieron los imperiales á la brecha, pretendiendo llenar el foso con haces de leña y planchas ó tablas, hasta que algunos empezaron á subir á la muralla. Terrible fué la lucha, y por largo tiempo dudoso el éxito, «y, como dice Richelieu, hasta las mujeres hicieron prodigios arrojando piedras á los sitiadores y trayendo que beber á los soldados sitiados.» Por un momento coronaron los imperiales la brecha, creyéndose apoderar de la villa: un niño iba á pegar fuego á las mechas, cuando algunos habitantes que estaban de reserva corrieron y arrojaron al foso los que habian asaltado.

Afortunadamente llegó á los sitiados un socorro inesperado. Hacia varios dias que el tiempo estaba lluvioso: el Saona subió hasta desbordarse y llenar los fosos de la villa de San Juan de Losne, así como las trincheras y las baterías. Molestados así por el agua los imperiales, azotados por las lluvias y diezmos por el fuego que se les hacia desde la brecha, desde una media luna elevada delante de

la puerta de Dijon y que les daba de flanco, retrocedieron y se echaron encima de esa obra de fortificación, que no teniendo fosos ni empalizada, ni otro resguardo que toneles llenos de tierra, era fácil de tomar: varias veces estuvieron los sitiadores á punto de ganarla por asalto; mas al fin estos sufrieron tantas pérdidas y hasta tal punto se atemorizaron, que á pesar de los esfuerzos de los jefes que los impelían al combate con golpes, ya que las palabras solas nada podian, huyeron á su campamento dejando tras sí mas de trescientos hombres muertos por el cansancio, el fuego enemigo y las estocadas que de vez en cuando algun jefe indignado del miedo que veía en algunos soldados les daba para obligarles á sostener su puesto.

Iba dilatándose demasiado aquel sitio; pero los habitantes de San Juan de Losne aun no habian llegado á los últimos apuros, cuando cierto dia prorumpió la ciudad sitiada en gritos de alegría y entusiasmo. La causa de esa novedad era que doce habitantes de Auxonese habian penetrado en la ciudad á pesar de la vigilancia del sitiador, y anunciaron á los sitiados que no tardaria en llegarles un poderoso socorro. Y verdaderamente pocas horas despues entraba en la plaza el coronel Rantzau, seguido de dos regimientos de infantería y ochocientos caballos. Esas tropas habian evitado un encuentro con el enemigo marchando algunas veces por las aguas del Saona hasta la cintura. En vista de la bravura con que los sitiados se habian defendido, y del nuevo refuerzo que les habia llegado, el general austriaco Gallas levantó precipitadamente el sitio, abandonando una parte de sus bagajes. Desde aquel dia los austriacos fueron sufriendo varios choques, hasta que, por último, tuvieron que pronunciarse en retirada, la cual fué en extremo desastrosa, como que de los treinta mil hombres que habian entrado en Francia solo unos doce mil regresaron á su país, y aun estos enfermos ó estropeados.

De esa manera pudo la Borgoña evitar los horrores consiguientes á una invasión armada y victoriosa. Si todos los pueblos mostrasen

igual celo y valor en la defensa de su patria é independencia, no se arriesgarian tan fácilmente los soberanos á jugar con las armas en la mano los destinos de las naciones. Pero por desgracia sucede que un capitán audaz penetra en países enemigos confiando que si vence los primeros obstáculos, el terror que su victoria produce le allanará los demás, y así suele cumplirse la mayor parte de las veces.

12.—En 1637 el cardenal de la Valette, entendido general de los ejércitos franceses, atacó por la parte del alto Sambre varias ciudades que tomó sin muchas dificultades. Cattau-Cambresis, Landrecies y Maubeuge fueron las que mas resistencia le hicieron; pero no tardaron en caer en su poder. El arzobispo de Burdeos, Sourdis, sufrió el año siguiente una completa derrota por la escuadra española en las aguas de Fuenterrabía, pero en revancha devastó mas de una vez las costas de Nápoles y de España. De suerte que todos esos triunfos iban alentando á los franceses á la par que desmayaban á sus enemigos; y además sucedió que el general aliado del ejército francés, Bernardo de Sajonia Weimar, secundado por el ardor de sus soldados, consiguió aquel mismo año (1638) grandes ventajas sobre los austríacos, á los que derrotó en Rheinfeld, les hizo prisionero á su general Juan de Werth, y luego alcanzó otras victorias y señaladamente la de rendir y tomar por asalto la plaza de Vieux-Brissac. Mas este militar pensaba en proclamarse soberano de Alsacia y del Brisgau, cuando la muerte le sorprendió en la flor de sus años, haciéndole dejar á los franceses la conquista que acababa de hacer y parecia dispuesto á disfrutar (1639).

Como sabrán nuestros lectores, la Alsacia, hasta el tiempo de Richelieu, habia sido una provincia del imperio de Austria; pero por medio de las alianzas que este ministro contrajo con varias potencias, logró hacerse suya aquella provincia, que fué la primera conquista alcanzada á consecuencia de tales negociaciones. El Artois era otra provincia perteneciente á la casa de Austria, y en la campaña siguiente los franceses la invadieron poniendo

sitio á varias plazas fuertes. Tres generales de Luis XIII, llamados Meilleraye, Chatillon y Chaulnes pusieron sitio á la plaza de Arras, á la cual corrió á dar auxilio un ejército austríaco á las órdenes de los generales Beck y Lamboy. Mas sus esfuerzos fueron impotentes ante el numeroso ejército de los sitiadores, cuyos tres generales eran de parecer distinto acerca de la manera de hacer retirar á los austríacos; uno de ellos pretende que es lo mejor permanecer tranquilos en las trincheras y esperar el ataque, el otro quiere salir de las líneas de fortificación para empeñar la batalla con el enemigo; y en medio de tan distintas opiniones consultan á Richelieu, quien con un lenguaje severo y altivo contesta á sus generales: «Cuando el rey os confió el mando os creyó capaces y competentes; salid ó no salgais de las líneas de fortificación; pero con vuestras cabezas responderéis de la toma de la ciudad.»

Esas palabras se encuentran transcritas en las *Memorias* de Puijsegur, escritor imperial y militar afortunado que asistió á treinta combates, á ciento veinte sitios, y no fué jamás herido ni estuvo tampoco enfermo hasta la edad de noventa y dos años en que murió (1682). Mas no se comprende como en aquella ocasion empleó Richelieu tan duro lenguaje, mayormente cuando Meilleraye era primo del ministro cardenal y su general favorito, así como á la sazón lo era de todos los cortesanos por el valor y acierto que desplegó siempre en campaña: conocíasele por el mote de el gran tomador de plazas. Todas esas circunstancias hacen dudar de la autenticidad de las palabras espresadas por Puijsegur, pero por otra parte ese escritor goza de mucho crédito por su veracidad y templanza...

Mas sea de ello lo que fuese, es lo cierto que algunos dias despues los sitiados se vieron en el mayor aprieto, y por último fué tomada la ciudad en agosto de 1640. Ya en poder de los franceses esa plaza que era la mas importante del Artois, todos los pueblos de la provincia opusieron poca ó ninguna resistencia, de modo que al poco tiempo todo aquel territorio quedaba en poder de la Francia: era

la segunda conquista alcanzada á espensas de la casa de Austria. La lucha estaba entablada entre la Francia y esa casa; Richelieu contaba con muchos elementos y con su inteligencia superior para vencer á su enemigo, y forzosamente habia de llevar la peor parte la decadente dinastía austriaca. La rama española de esta tambien por desgracia suya participaba de la misma desdicha, y no obstante el laudable valor y constancia del soldado español, poco podia hacer nuestra nacion ante la impotencia y cortos alcances de los que á la sazón dirigian la nave del Estado.

Así es que aprovechando Richelieu todas las circunstancias de abatir á los españoles y austriacos, llevó la guerra al norte de Italia con motivo de que habiendo muerto en el año 1640 Víctor Amadeo de Saboya y disputando sus dos hermanos, Tomás de Carignan y el cardenal Mauricio, la regencia á la viuda del duque, Cristina, hija de Enrique IV, querian los españoles sostener las pretensiones de dichos dos hermanos. Richelieu, pues, llevado de su pensamiento de abatir á España, y por ser Cristina hermana de su rey, envió al Piamonte el conde de Harcourt, quien despues de algunos encuentros con los españoles, hizo retirar á estos y restableció la autoridad de la regente, consiguiendo además con diplomática astucia celebrar un tratado en virtud del cual entraron los príncipes de Saboya en la alianza francesa (1640-1642).

Pocas ventajas podia esperar España en su lucha con Richelieu; porque este con su talento sembraba á cada paso dificultades á nuestra nacion, á la cual ponía en apuros, y no podia por lo tanto emplear todas sus fuerzas contra el enemigo poderoso que le hacia la guerra. El ministro de Luis XIII habia suscitado una rebelion en Cataluña y otra en Portugal, para las cuales es muy cierto que ambos países estaban en disposiciones; pero que les faltaba una chispa para estallar. Richelieu la procuró, y una vez encendido el fuego, lo fomentó y avivó hasta convertirlo en voraz incendio que amagaba la existencia de la dinastía española. Y no era solamente el ministro carde-

nal quien logró precipitar la decadencia española, sino que, por desgracia, existian otras causas mas poderosas, las cuales daremos á comprender extrayendo algunos párrafos de la magnífica obra de don Modesto Lafuente, autor á quien nadie podrá tachar de falta de españolismo, y menos de no ser un profundo y sábio historiador:

«Las incesantes guerras, dice, que dentro y fuera de la península, sin darse vagar ni reposo, habia estado sosteniendo España durante todo el largo reinado del cuarto Felipe, y de que hemos tenido necesidad de dar cuenta, aunque con el cansancio y el disgusto que produce la narracion en general fatigosa de las vicisitudes y los lances, no pocas veces monótonos, de las largas luchas, no nos han dejado lugar ni espacio para detenernos á considerar la fisonomía que en lo interior presentaba el reino, y la situacion material y moral en que le tenian los ministros de Felipe, principalmente desde la caída del conde-duque de Olivares, que es el punto en que dejamos nuestra anterior reseña.»

Que si al principio pareció que con la caída de aquel célebre valido la monarquía iba á reponerse de tantas calamidades, el trono á recobrar la dignidad perdida, las necesidades públicas á aliviarse, á mejorar la moral, á salir de ahogos la hacienda y á recuperar sus fueros la justicia, los sucesos acreditaron que si bien el valimiento del rey pasó á otro hombre ni tan altivo ni tan odioso al pueblo como el de Olivares, las riendas del gobierno cayeron en manos no menos desgraciadas que las del primer privado. Que la enmienda del monarca y su aplicacion á los negocios fué pasajera y efímera; y que volvió pronto á su antigua indolencia y á su anterior disposicion. Que la justicia, la moral y la hacienda ganaron poco, si por fortuna algo, y que los infortunios no disminuyeron nada.

Á la pérdida material de territorios, que fué inmensa, y no menor durante la administracion de el de Haro que en el tiempo que gobernó el de Olivares, contribuyeron muchas causas. Algunas fueron exclusivas de este rei-



EMBLEMAS DE LAS CEREMONIAS DEL MATRIMONIO DEL PRINCEPE DE GALES CARLOS, CON ENRIQUETA MARIA, HERMANA TERCERA DE LUIS XIII, CELEBRADAS EN NUESTRA SEÑORA DE PARÍS, POR EL CARDENAL DE LA ROCHEFOUCAULD EL DIA 11 DE MAYO DE 1625.

nado, otras venian de atrás. El empeño de engrandecer la casa de Austria á costa de España, de dominar en apartadas regiones que no habian de poder conservarse, de sacrificar la riqueza, la sustancia, la poblacion y el bienestar de Castilla al mantenimiento de dominios insostenibles, de ayudar al imperio con lo que ó no teníamos ó necesitábamos bien, y no alcanzaba para nosotros, de estar en lucha eterna con todo el mundo antes que aceptar honrosas y provechosas transacciones, afan era este que venia heredado de los primeros soberanos españoles de la casa de Habsburgo. Con la diferencia que los primeros, fuertes ellos y robusta la monarquía, si no lo hicieron con fortuna, lo intentaron con gloria, y si no fueron bastante políticos, tampoco podia decirse que fuesen ilusos del todo. Los segundos, débiles y flacos, quebrantada ya por los anteriores esfuerzos la monarquía, ellos sin el talento y la actividad de sus padres, la nacion sin la robustez de otros tiempos, ellos entregados á orgullosos é ineptos favoritos, el país desangrado y agobiado, intentaron lo mismo que sus mayores, y esto era una temeridad y un imposible. Porque temeridad, insensatez y locura era imaginar que lo que Cárlos Quinto, con su infatigable actividad y su brillante espada, y Felipe II con su gran cabeza y su astuta política no pudieron lograr, lo alcanzáran Felipe III fundando conventos y cofradías, y Felipe IV asistiendo á comedias y galanteando á comediantas.

Si los predecesores de Felipe IV habian tratado con poca política á los reinos y estados anexos á la corona de Castilla, y con la opresion y los disgustos que les dieron los prepararon á tentativas de la rebelion, las tiranías y las ofensas y las indiscreciones de los ministros de Felipe acabaron de provocar las insurrecciones que trajeron tras sí la pérdida de provincias y reinos enteros, y el peligro de perder otros y de venir á su ruina la monarquía entera. Sin los agravios que se hicieron á los catalanes, Cataluña no se habria levantado, y sin el alzamiento y la guerra de Cataluña ni se habria perdido el Rosellon, ni

se hubiera insurreccionado Portugal, ó por lo menos no hubiera logrado su emancipacion de Castilla. Sin los excesos y desmanes de los vireyes no se habria sublevado Sicilia y Nápoles, y por atender á apagar la sublevacion de Nápoles se desguarnecian los Países Bajos, ó se abandonaba Portugal, ó se descuidaba Cataluña.

Y era que los vireyes, hechuras y favoritos de los privados, imitadores de su inmoralidad, émulos de su opulencia, ansiosos de rápido enriquecimiento, y compartiendo muchas veces vireyes y validos el fruto de sus cohechos, de sus exacciones y de las sórdidas grangerías de sus cargos, á trueque de acrecer sus fortunas y la del ministro que los sostenia, vejaban y esquilmaban sin consideracion los países sujetos á su mando. De aquí la desesperacion de los oprimidos y las rebeliones de los desesperados, que limitadas á un principio á arranques de ira y de furor contra los vireyes con protestas de sumision al monarca, degeneraban despues, como en Nápoles, en proclamacion de república, en otras como en Cataluña, en la resolucion de someterse al yugo de un rey extranjero, y en otras, como en Portugal, en el sacudimiento de toda independencia de Castilla, y en la completa emancipacion en que en otro tiempo estuvo aquel reino de esta corona.

Habiase estendido la corrupcion, cosa lamentable pero nada estraña, de los validos, cortesanos y vireyes, á los generales que mandaban los ejércitos. Y sobre haberse ido acabando, no la razon, sino la escuela y la maestría de aquellos insignes y preclaros capitanes que en los tiempos de los Reyes Católicos, de Cárlos Quinto y de Felipe II levantaron tan alto en el mundo el renombre de las armas españolas, bien que quedaran todavía algunos honrosos restos de aquella antigua falange de famosos guerreros, ya los mas no iban como entonces al frente de las banderas de la patria por dar gloria á su nacion y ganar honra personal, sino por gozar de los sueldos y hacer fortuna. Ni como entonces eran nombrados los mas dignos, los mas valerosos y capaces, sino los mas

amigos y mas allegados del ministro, ó los mas vanidosos ó los mas aduladores del rey. Hombres eran algunos que llevaban su codicia hasta el punto de hacer figurar en las revistas doble número de soldados de los que hacian el verdadero efectivo contingente de las guarniciones ó de los ejércitos, para especular con los sueldos y las provisiones de los que se suponian y faltaban. De aquí el malograrse combates y perderse plazas con gran sorpresa de la corte y del gobierno, que por los partes de los generales creian contar con mucho mayor número de combatientes y defensores. Imitado este funesto ejemplo por los gobernadores de fortalezas, capitanes de compañía y otros subalternos, á veces buscaban gente perdida para hacerla figurar como soldados en las revistas, á veces vendian hasta los víveres y las municiones que el gobierno á costa de sacrificios les suministraba. Con estos elementos, ¿cómo habian de ganarse batallas, y cómo no habian de perderse plazas y territorios?

Así cayó el nombre y la reputacion tan justamente adquirida de aquella infantería española que habia asombrado el mundo, porque no reconocia igual en táctica y en valor en los ejércitos de las naciones. Y por cierto que se vió en este reinado el fenómeno singular de crecer el crédito de la caballería española al paso que perdía el suyo la infantería, porque se observó que á aquella arma se debian las ventajas y triunfos que se alcanzaron todavía en muchos combates, siendo consuelo para España que nunca faltaran guerreros que recordaran y simbolizaran la fama de intrepidez y de brio en las lides que habian alcanzado en todas épocas sus hijos. Por este conjunto de causas se vió tambien con dolor en los últimos años de Felipe reducido el ejército de la península á escasos veinte mil soldados, sin instruccion ni disciplina, como reclutados muchos de ellos de entre gente foragida, y de entre los matones y espadachines que tanto abundaban entonces en la corte, como que de esos, que los habia de todas clases y esferas, se solian escoger tambien hasta los jefes.

Dijimos antes que se habia casi acabado,

no la raza, sino la escuela de los insignes capitanes de otros tiempos. Y era así, que la raza y la estirpe de aquellas ilustres familias seguia ocupando los primeros puestos militares, porque en ellos estaban los Guzmanes, los Córdobaes, los Toledos, los Zúñigas, los Haros, los Ponce de Leon y los Benavides de España, y hasta los Dorias, los Colonas y los Farnesios de Italia. ¡Pero cuán diferentes ya de los de otros tiempos! Hasta la coincidencia de haber habido en este reinado un duque de Alba, un Alejandro Farnesio y un D. Juan de Austria, hijo bastardo del rey, como en el de Felipe II, parecia haber venido para convertir un reinado en parodia del otro. Hemos visto con gusto á algun escritor moderno notar ya esta coincidencia estraña. Muchos de ellos hubieran tal vez sostenido la gloria de sus antepasados, con un monarca y unos ministros que los hubieran empujado por el camino de ella como á sus progenitores.

El tener sin pagar los ejércitos, causa y ocasion de tantas desdichas y desórdenes, era ya un mal añejo, de otros tantos como de este reinado. Pero en este tenia que hacerse sentir mas la imposibilidad de atender á su mantenimiento; porque sobre alcanzarle las consecuencias de los ahogos en que habian dejado las rentas públicas las malas administraciones de los Felipes II y III, se agregaba la perversa inversion que los ministros de Felipe IV daban á los tributos con que gravaban los pueblos. Siquiera en el siglo anterior, ya que el numerario del reino y las flotas de Indias fueran á consumirse y derramarse en apartadas tierras que pugnábamos por conservar, al menos no servian como ahora para hacer opulentas fortunas á orgullosos favoritos, para acrecentar el lujo de viciosos cortesanos, y para fomentar las distracciones de un monarca disipado y licencioso. Las remesas de Indias, ó no llegaban, ó llegaban ahora mas tarde y con mas dificultad, y pocas veces sin contratiempo y menoscabo, porque cuanto éramos mas débiles, eran mas activamente perseguidas nuestras naves y galeones por los de las naciones enemigas, las mas temibles precisamente y

mas poderosas en los mares, como Portugal, Holanda é Inglaterra. Hasta los filibusteros, ó Hermanos de la Costa, se atrevían á luchar

cienda, el conde de Castrillo, llegara á proponer que no tuviéramos armada.

Por lo menos la marina mercante llegó á



SUMISION DE LOS GRISONES. (ESTAMPA ALEGÓRICA DE LA ÉPOCA).

con nuestros bajeles y nos los apresaban, y los que libraban de ellos solían caer en manos de los piratas argelinos. Tan frecuentes eran nuestras pérdidas navales, que cuasi no extrañamos que un presidente del Consejo de Ha-

hacerla inútil Felipe IV, porque siguiendo su sistema de prohibir todo comercio de importacion y exportacion con las naciones enemigas y con los países rebeldes, á la incomunicacion mercantil en que ya habia puesto á

España con Francia, Inglaterra, las Provincias Unidas de Flandes y los principados protestantes de Alemania, añadió en el segundo período de su reinado la prohibición de todo co-

Muy rara vez, si acaso alguna, se declara un país en rebelión abierta contra sus legítimos gobernantes sin que de más ó menos antiguo hayan precedido de una parte ó de otra, ó



EL DUQUE DE BUCKINGHAM.

mercio con Portugal (1), con lo cual acabó de aislar mercantilmente la nación con casi toda la Europa

(1) Real cédula prohibiendo con pena de la vida y perdimiento de todos los bienes, todo trato y comercio con el rebelde reino de Portugal y sus Islas. Zaragoza 21 de febrero de 1644.—Otra reproduciendo la primera. Zaragoza 22 de mayo de 1643.—Otra id. Madrid 21 de enero de 1647.—Tratado sobre el contrabando, por D. Pedro Gonzalez de Salcedo.

de ambas mutuamente, desabrimientos, ofensas ó agravios. Por eso es nuestra opinión que las más de las revoluciones se pueden prevenir con la prudencia, y que de casi todas sus funestas consecuencias son responsables los que las provocan, ó por lo menos no las evitan pudiendo.

Desde el año 1626, en que el rey Felipe IV celebró cortes de catalanes en Barcelona, exis-

tian grandes disgustos y quejas entre el rey y los catalanes, y principalmente entre estos y su primer ministro, el conde-duque de Olivares. La conducta de aquellas cortes en la cuestion de subsidios; la manera como á su vez habian sido ellas tratadas por el conde-duque; la marcha repentina del monarca y de su corte de la capital del Principado, sin despedirse de nadie, ni dar parte á las cortes ni disolverlas; la salida de los diputados á su encuentro y sus sentidas quejas sin poder detener al rey; todo lo que en aquella sazón ocurrió entre unos y otros, dejó en los ánimos honda raíz de disgustos y de prevenciones desfavorables entre los naturales del Principado y el ministro favorito de Felipe IV, á quien aquellos achacaban, no sin razon, toda la culpa de la aspereza y del desaire con que habian sido tratados. A este primer desabrimiento y á los que en lo sucesivo habian de seguirle, contribuian de una parte el genio altivo, independiente, vidrioso y levantisco que ha distinguido siempre á los catalanes, su carácter duro y poco sufridor de injurias, y su celo y amor proverbial á sus libertades y sus fueros; de otra el orgullo del conde-duque, su propension á tratar á otros con insolencia y sin ningun miramiento, y á vengarse de los que no le acataban ni se le humillaban, acostumbrado como estaba á dominar al mismo soberano y á ser halagado por él (1). Con otro carácter y otra conducta hubiera podido todavía templarse la amargura de los ánimos, pero el de Olivares, que ni olvidaba agravios hechos á su persona, ni perdía ocasion de hacer sentir á los que una vez le ofendieran el peso de su indignacion y de su resentimiento, no cesó de irritar contra ellos al rey, representándole que con sus audaces quejas y con su decantado amor al sostenimiento de sus privilegios, mas que á su

propia persona, se proponian humillar la autoridad régia.

Quiso la mala fortuna que cuando en el año de 1632 volvió el rey á Barcelona para dejar de lugarteniente al infante D. Fernando, se renovara la antigua herida con ocasion de cierta desavenencia entre el conde-duque de Olivares y el almirante de Castilla sobre el modo de tratar á los catalanes, mostrándose naturalmente la nobleza y el pueblo en favor del almirante y en contra del favorito. Nada sufrió este menos que las ofensas hechas á su vanidad, así como tampoco nada incomodaba al pueblo catalan, varonil, laborioso y sóbrio, tanto como la vanidad y el lujo del duque y aun de toda la licenciosa corte de Castilla. Algunos vireyes, gobernadores y consejeros, y entre ellos podemos contar al protonotario de Aragon, D. Gerónimo de Villanueva, por adular al de Olivares fomentaban su encono contra los naturales del Principado, tratábanlos con dureza y despego, despachaban con lentitud sus negocios y los llevaban como á remolque, con lo cual se convertia en pronunciado desacuerdo y reojo la no mucha simpatía con que se habian mirado siempre catalanes y castellanos. Resistíanse ya en Cataluña las órdenes de la corte, y para hacérselas ejecutar era menester usar de la fuerza, y ocasion hubo en que se temió que por las calles de Barcelona corriera la sangre.

Con todo eso, cuando los franceses invadieron el Rosellon, guiados los catalanes del amor á la patria, y como dando al olvido antiguos agravios, hicieron aquellos espontáneamente heróicos sacrificios. Ellos levantaron instantáneamente un cuerpo de ejército de mas de doce mil hombres costeados por el país, con armas, equipo, municiones, artillería, carros y bueyes, y todo el tren de guerra, cubriendo con nuevas levadas las bajas para tener siempre en pié un ejército. La diputacion y la ciudad de Barcelona, los consellers, la nobleza, la lonja de mercaderes, los colegios y cofradías de oficios artesanos, y á imitacion de la capital las demás ciudades y villas, todos compitieron y rivalizaron en el celo patriótico y en

(1) El señor Cánovas del Castillo, en su Historia de la Decadencia de España desde el advenimiento de Felipe III al trono hasta la muerte de Carlos II, capítulo V; habla de las cortes de Cataluña de 1623, trayendo ellas el origen de las desavenencias entre el rey y los catalanes. Es una equivocacion de este ilustrado autor. Las primeras, y puede decirse las únicas cortes que Felipe IV celebró en Cataluña (porque las de 1640 creemos que no llegaron á reunirse) fueron las de 1626, convocadas por cédula hecha en Barbastro el 16 de febrero de aquel año.—Archivo de la Corona de Aragon. Reg. 50.

mostrar fidelidad por el servicio del rey. A ellos se debió la famosa derrota de los franceses, la recuperacion del castillo de Salces y la salvacion de Cataluña. El agradecimiento que les mostró la corte de Madrid se ve por las ásperas é inconsideradas órdenes que al virey conde de Santa Coloma trasmitia el ministro Olivares. «Si se puede salir bien de la empresa (le decia entre otras cosas) sin violar los privilegios de la provincia, deben respetarse; pero si de observarlos se ha de retardar una hora sola el servicio del rey, el que se empeña en sostenerlos se declara enemigo de Dios, de su rey, de su sangre y de su patria. No sufra V. E. que haya un solo hombre en la provincia capaz de trabajar que no vaya al campo, ni ninguna mujer que no sirva para llevar sobre sus hombros paja, heno y todo lo necesario para la caballería y el ejército. En esto consiste la salud de todos. No es tiempo de rogar, sino de mandar y hacerse obedecer. Los catalanes son naturalmente lijeros; unas veces quieren y otras no quieren. Hágales entender V. E. que la salud del pueblo y del ejército debe preferirse á todas las leyes y privilegios. Pondrá V. E. el mayor cuidado en que la tropa esté bien alojada, y que tenga buenas camas; y si no las hay, no debe repararse en tomarlas de la gente mas principal de la provincia, porque vale mas que ellos duerman en el suelo que no que los soldados padezcan. Si faltan gastadores para los trabajos del sitio, y los paisanos no quieren ir á trabajar, obliguelos V. E. por la fuerza, llevándolos atados siendo necesario. No se debe disimular la menor falta, por mas que griten contra V. E., aunque quieran apedrearle. Se debe obligar á todo el mundo. Consiento que se me impute á mí todo lo que se haga en esto, con tal que nuestras armas queden con honor, y no seamos despreciados de los franceses.»

Y el rey le decia: «La provincia no puede cumplir peor que lo que lo hace respecto de los auxilios que debe dar. Esta falta nace de la impunidad. Si se hubiera castigado de muerte á algunos prófugos de la provincia, no habria

llegado á tanto la desercion. En el caso en que halleis en los funcionarios resistencia ó tibieza en ejecutar mis órdenes, es mi intencion que procedais contra los que no os ayuden en una ocasion en que se trata de mi mayor servicio... Haced prender, si os parece, algunos de esos funcionarios, quitadles la administracion de los caudales públicos, que se emplearán en las necesidades del ejército, y confiscadles los bienes á dos ó tres de los mas culpables, á fin de aterrorizar la provincia. Bueno será que haya algun castigo ejemplar (1).»

Prueba dieron en esto, así el soberano como el ministro, de no conocer la índole de aquellos hombres. Pero aun anduvo mas desacertado el general marqués de los Balbases, cuando, terminada la campaña del Rosellon y retiradas las tropas á invernar en Cataluña, dispuso que se alojaran en la provincia; y no contento con esta violacion de sus privilegios, juntó los principales cabos, y entre otras instrucciones que les dió, les dijo: «que la cosa se habia de disponer de manera que los soldados fuesen superiores y mas fuertes que los habitantes de los pueblos donde estuviesen, y que no se apartasen mucho de los cuarteles para poderse dar la mano en cualquier acontecimiento.» Con esto, y con faltar las pagas á las tropas, como de ordinario acontecia, entregáronse los soldados á tomar por fuerza lo que necesitaban, como estaban acostumbrados en Italia y en Flandes. Las quejas de los paisanos eran oidas con indiferencia por el capitán general, que, como extranjero y habituado á tratar con los flamencos, ni conocia la diferencia ni sabia hacer distincion de los unos ni de los otros. Los catalanes, á quienes no intimidaban los soldados, y que no sin razon se tenian por tan valientes como ellos, proveian por sí mismos el remedio y solian castigar por su mano la insolencia de la soldadesca. En rigor unos y otros tenian razon; los soldados sin paga no hallaban otro medio que mantenerse á costa de sus patronos, sino habian de perecer de miseria, y los patronos, no protegidos por las autoridades, defendian su hacienda y vengaban

(1) Le Vasor, Historia de Felipe IV.

los atrevimientos de los alojados. El marqués de los Balbases no encontró otra manera de evitar esos recíprocos insultos, y el rey á propuesta suya la aprobó, que ordenar que cada pueblo sirviera con el socorro ordinario á las tropas de alojamiento, señalando lo que se habia de dar á los oficiales y soldados, con todo lo demás perteneciente al servicio. En vano la diputacion y las universidades representaron con decoro y con firmeza que ni las costumbres ni la pobreza del pueblo permitian que aquellas órdenes se ejecutasen. La respuesta de Espínola (1) fué que la carga así repartida era ligera; que no se hacia sino variar el nombre, llamando contribucion á lo que antes era servicio voluntario; que para eso gozaban de seguridad los labradores y artesanos en los campos y talleres; y que por último esta era la voluntad del soberano, y era preciso obedecer.

La respuesta del marqués exacerbó la ira de los naturales, al mismo tiempo que aumentó la insolencia de los soldados. Aquellos reclamaban sus privilegios, se indignaban de ver pagados sus servicios con insoportables vejaciones, y se mostraban resueltos á todo, antes que consentir en ser tratados con tal ignominia. Estos robaban frutos y ganados, saqueaban las casas, insultaban á los patronos, y atentaban al honor de las familias, aunque á veces pagaban estos excesos con la vida. Cataluña era teatro de execrables escándalos, y la desesperacion se apoderaba de todos. En tal estado dejó el mando del ejército el marqués de los Balbases para venir á Madrid. Quedaba el virey don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma, que como natural del país, se creyó que aplacaríase más fácilmente los ánimos. Pero no era el de Santa Coloma hombre de luces ni de gobierno para circunstancias tan difíciles. Temiendo á la tropa, y queriendo grangearse su estimacion, se hizo odioso al pueblo, que le acusaba de desnaturalizado y mal catalan. Creyendo remediar parte del mal

(1) El marqués de los Balbases, Felipe de Espínola, era hijo del famoso Ambrosio de Espínola, que tanta reputacion ganó como general de los ejércitos de Flandes.

prohibió llevar las acusaciones á los tribunales, que estaban ya atestados de causas, y que estas pasasen por manos de los abogados, y lo que hizo fué acabar de irritar á los naturales, que viéndose desprovistos de este medio de defensa, hicieron resonar de una á otra estremidad del Principado el grito de su indignacion. Declamábase ya hasta en los púlpitos contra las demasías de los soldados. Frecuentemente se cometian asesinatos de los soldados y paisanos en los mismos alojamientos. D. Antonio Fluviá fué quemado dentro de su propio castillo por algunos del tercio de la caballería napolitana. Este hecho encendió los ánimos hasta un punto indecible. Un alguacil real llamado Monredon, que fué enviado al pueblo de Santa Coloma de Farnés, donde se suponía haberse cometido un desacato contra la tropa, comenzó por alojar en él el tercio de D. Leonardo Moles, y por prorumpir en fieros y amenazas. Intimidados los habitantes, abandonaron muchos sus casas y se refugiaron á la iglesia. Monredon mandó poner fuego á las casas abandonadas, y á un vecino que se opuso á tan bárbaro mandamiento le disparó un pistoletazo. Trabóse con este una sangrienta pelea, y el alguacil, viéndose en peligro se acogió á una casa con ánimo de hacerse fuerte; siguiéronle los habitantes arrebatados de furor, prendieron fuego á la casa, y le abrasaron vivo dentro de ella. Dos dias despues, como corriese la voz que la vanguardia de los napolitanos quemaba la iglesia de Riu de Arenas, donde los de la comarca habian depositado sus mejores alhajas, lanzáronse los moradores como fieras sobre más de trescientos soldados, é hirieron á muchos arrollándolos á todos. D. Leonardo Moles reunió todo su tercio, y entregó al saqueo y á las llamas la poblacion; la desenfrenada soldadesca robó los ornamentos y vasos del templo, arrojó al suelo las sagradas formas, y cometió todo género de profanaciones. Con esto, rebosando de ira los paisanos, y llamando á los soldados impíos, herejes y ateos, embistiéronles con tal furia, que el mismo coronel tuvo que apresurarse á ganar la costa con su tercio para librarse de

las garras de la plebe. Escenas semejantes ocurrían cada día en los pueblos del Principado, y todo anunciaba una conflagración general.

la carga de los alojamientos y contribuciones, que tan mal toleraban, como contrarias una y otra á sus fueros y costumbres, ó aumentar el ejército del Principado de modo que pudiera



PRENDIMIENTO DEL DUQUE DE VENDOMA (1626).

Santa Coloma daba conocimiento á la corte de todos estos desmanes y turbaciones, y proponía para evitar una rebelión sangrienta uno de dos medios; ó relevar á los habitantes de

dominar y sujetar al pueblo. Sospechoso le pareció á la corte este segundo remedio, como evidentemente imposible, y á ello contribuía con sus sugerencias el marqués de los Balba-

ses, que estaba al lado del conde-duque. La conducta del primer ministro era la peor posible para mejorar aquel estado de cosas, porque se reducía á entretener al virey con respuestas generales, ambiguas ó vagas, y á prevenirle que castigara sin consideracion á los delincuentes. La del virey fué aun mas desacordada. Habiéndosele presentado dos consellers de la ciudad, y además don Francisco Tamarit como diputado de la nobleza, á exponerle los agravios que los habitantes del Principado padecian y á pedirle el remedio, á fin de que no sobreviniese una convulsion general, creyó Santa Coloma dar un golpe maestro y acreditar su energía reduciendo á prision al diputado Tamarit y á los dos magistrados, y dando disposiciones para que por los jueces apostólicos se procediera del mismo modo contra el diputado eclesiástico don Pablo Claris, canónigo de Urgel. El se persuadió de que con esto se llenarian de terror y espanto; la corte aplaudió aquel rasgo de energía, y muchos daban ya por muertas las libertades catalanas (1).

Pero el efecto de estas providencias fué inflamar los ánimos de toda la Provincia y encontrar el odio con que ya miraban al virey, á quien hacian autor de todas las violencias. Por otra parte ya no era posible contener las riñas, los choques, las peleas entre el paisanaje y la tropa; cualquier movimiento de los soldados se interpretaba que iba dirigido contra la seguridad de algun pueblo; los habitantes los esperaban armados en las gargantas de los montes y no podian moverse de un punto á otro sino en gruesas partidas; porque ¡desdichado

(1) En el aviso que Santa Coloma daba al rey de la ejecucion de estas prisiones espresaba las causas que le habian movido á proceder de aquella manera, á saber: que en el concejo de los Ciento se habia tratado de prohibir en el carnaval las diversiones públicas, no obstante lo conveniente que eran para distraer á los ánimos y entretener al pueblo, y como hubo quien propuso que todo el concejo vistiera de luto para demostrar la afliccion del Principado; lo cual habia sido promovido por aquellos dos magistrados, Juan de Vergos y Leonardo Serra, hombres turbulentos y acalorados defensores de los privilegios del país; que el canónigo Claris era tambien un hombre fanático por los fueros y capaz de excitar una sedicion general; otro tanto decia de Tamarit, y lisongeábase de que con esta medida nadie se atreveria á moverse. El rey le contestó agradeciendo su celo, y le ordenó que los colocara en ásperas prisiones hasta que el proceso se fallara, y que á Tamarit y Claris los pusiera incomunicados, con pena de la vida á todo el que les asistiere con dinero ó con alguna otra forma de auxilio.

del que encontraran descarriado y solo! A veces los agasajaban en las casas, y cuando estaban mas descuidados les clavaban el puñal en el corazon. Mirábanse con odio mortal; por todas partes andaban cuadrillas de foragidos; las autoridades no tenian ya fuerza para contenerlos; aquel estado era insostenible, y no habia quien no presintiera un estallido general: faltaba solo una ocasion, y no tardó esta en presentarse.

Acostumbraban todos los años á bajar de la montaña á Barcelona por el mes de junio multitud de segadores en cuadrillas, gente por lo comun soez, disoluta y viciosa, temible en los pueblos en que entraban. Habian adelantado algunos este año su venida, que solia ser comunmente la víspera del Corpus. El virey hizo presente á la ciudad que no convendria la aglomeracion de tales gentes en tales circunstancias; pero los consellers, que miraban las cosas de muy otra manera y tenian propósitos muy contrarios á los del virey, contestáronle que cerrar las puertas á aquellos hombres rústicos y sencillos, seria esponer la ciudad á mayor inquietud y turbacion, porque era mostrar una desconfianza que ofenderia al pueblo. El virey no se atrevió á insistir. Entraron, pues, y se juntaron en Barcelona la mañana del dia del Corpus (7 junio del año de 1640) de dos á tres mil segadores, muchos de ellos ocultamente armados, que formando primeramente corrillos, discurriendo luego en grupos por calles y plazas, hablando sin disimulo del gobierno del virey, de la prision de los diputados y consellers, y de los excesos de los soldados, y mirando con cierta mofa á los castellanos que encontraban, daban bien á entender lo dispuestos que iban á mover tumulto. Cuando así están preparados los ánimos, una pequeña chispa basta para encender un voraz fuego. Así acontece siempre, y así aconteció ahora.

Un segador, hombre facineroso, que se habia escapado de manos de la justicia, fué visto por un criado de Monredon y reconocido como uno de los asesinos de su amo; quiso este prenderle, y armóse entre los dos una refriega de

que resultó herido el segador. Acudieron los otros en su auxilio; un tiro disparado al aire por la guardia del palacio del virey con objeto de dispersar el grupo fué la señal del combate. A los gritos de *¡venganza! ¡libertad! ¡viva la fe! ¡viva el rey! ¡muera el mal gobierno de Felipe!* aquellos hombres desalmados se entregaron como fieras á todo género de excesos, hiriendo y matando á cuantos castellanos encontraban, y eran castellanos para ellos todos los que no eran catalanes (1). La milicia que la ciudad habia armado ayudaba mas que contenia á los tumultuados. La casa del virey se vió pronto cercada por aquella gente feroz, provista de haces de leña, y resuelta al parecer á incendiarla.

Los consellers y diputados, que solo en apariencia y delante del conde veian con pesar el movimiento, aconsejábanle que salvara su persona en alguna de las galeras genovesas que se hallaban surtas en el muelle. Santa Coloma, despues de alguna vacilacion, y cuando se convenció que no alcanzaba ya su autoridad á sosegar el pueblo ni era obedecida, resolvió seguir el consejo de los magistrados, y se dirigió á pié con su hijo hácia las galeras, en tanto que en la ciudad solo se oian alaridos y ruido de armas, que unas casas eran devoradas por el fuego, otras eran un campo de batalla entre segadores, vecinos y soldados: se arrancaba á los desgraciados castellanos de los monasterios y templos en que habian buscado asilo, y se los apuñalaba y arrastraba por las calles, cortando á algunos las cabezas y otras partes del cuerpo y jugando con ellas con horrible ludibrio.

El infeliz Santa Coloma llegó hasta la orilla del mar; su hijo logró ganar una de las galeras, mas como estas sufrieran un vivo fuego que ya desde la ciudad les hacian, apresuráronse á alejarse del puerto dejando al virey en tierra. Lanzó el conde una mirada de dolor y desconsuelo á su querido hijo, derramó algu-

nas lágrimas, y se encaminó á las peñas de San Beltran, camino de Monjuich. La pena, la congoja, el calor y el aturdimiento abatieron su ánimo, y cayó en el suelo como desmayado. Halláronle en tal estado algunos de los que le andaban buscando y persiguiendo, asestáronle cinco puñaladas en el pecho, y le quitaron la vida. Así murió don Dalmau de Queralt, conde de Santa Coloma. Las casas de los ministros reales fueron todas saqueadas, y asesinados todos los criados del marqués de Villafranca, general de las galeras, que hacia pocos dias que habia salido del puerto. Merece mencionarse un suceso ocurrido en el saqueo de esta casa, que á la par que ridículo y chistoso, da la pauta de lo que era aquella gente ignorante y agreste. Entre las alhajas del marqués habia un reloj que tenia encima la figura de un mono, el cual al compás de las ruedas doblaba las manos y volvia los ojos. Aquellos hombres groseros dieron un grito de regocijo; publicando que habian cogido al diablo en casa del marqués. Paseáronle alborozados por las calles en la punta de una lanza: ¡desgraciado del que se hubiere reido de aquella grotesca procesion! y por la tarde lo llevaron á la Inquisicion, donde le dejaron muy contentos con la promesa que les hicieron los inquisidores de informarse del caso y castigarlo como era justo. Aquella ridícula ceremonia entretuvo buen rato al pueblo, y le libró de algunas mas atrocidades que hubiera cometido. Escusado es decir que uno de los primeros actos de los tumultuados fué sacar de las cárceles al diputado Tamarit y á los magistrados presos por el virey, aclamándolos con frenéticos aplausos. Tres dias duraron aquellas escenas de estrago y de muerte. Los consellers ofrecieron por pregon el premio de seis mil escudos al que descubriera el asesino ó asesinos de Santa Coloma; mas ni se pudo averiguar, ni aun hubo quien quisiera ó se atreviese á dar indicio alguno. Fugados, escondidos ó asesinados todos los ministros reales, y sin autoridad que gobernara el pueblo, sacaron del convento de San Francisco al beguer y le invistieron de la jurisdiccion, en

(1) De los sucesos del año 1640. — MS. de la Biblioteca nacional de Madrid, H. 73. — Melo, Historia de los movimientos, separacion y guerra de Cataluña en tiempo de Felipe IV, lib. I. — En un MS. de aquel tiempo se dice que los tumultuados gritaban: *¡Visca la Santa Fe Católica! ¡Visca lo Rey! ¡Muyra lo mal govern!*

cuya virtud se presentó en las casas de la ciudad con la vara alta en señal de mando.

Difundida por el Principado la noticia de los sucesos de Barcelona, todas las ciudades se apresuraron á imitar tan funesto ejemplo,

de Tortosa, D. Luis de Monsuar, baile general del Principado, que intentó hacerse fuerte en el castillo con la gente que mandaba, bisoña toda ella, no pudo lograrlo, porque el pueblo se echó sobre aquellos soldados que



GASTON DE ORLEANS, HERMANO DE LUIS XIII.

especialmente aquellas en que habia tropas alojadas, teniendo por mejores patricios los mas prontos y los mas audaces en cometer tropelias de aquel género. En Gerona, en Balaguer, en Lérida, en todas partes eran los castellanos perseguidos y asaltados. El gobernador

aun estaban sin armas, y se apoderó de la fortaleza haciendo pedazos al veedor D. Pedro de Velasco. El cabildo y los párrocos, para aplacar el tumulto, sacaron en procesion el Santísimo Sacramento. Los perseguidos se asian á las varas del páblio, ó se cobijaban bajo las

IMPRESA Y LIBRERÍA RELIGIOSA Y CIENTÍFICA

DEL

HEREDERO DE D. PABLO RIERA.

ADVERTENCIA.

Al encargarse esta casa editorial de continuar la HISTORIA GENERAL DE FRANCIA, prometimos á los señores suscritores á la misma que saldrían los repartos con toda puntualidad; hasta el dia creemos haber cumplido nuestro compromiso, puesto que se han publicado con regularidad las dos entregas semanales, y estamos activando los trabajos de dicha obra para poder dar doble reparto. Hoy, con mas seguridad, si cabe, podemos decir que no faltaremos á lo prometido, por haber adquirido esta casa la propiedad de la edicion de una obra de tanto interés y que tan buena acogida ha merecido del público en general. Así, pues, los señores que gusten hacernos cualquier pedido pueden dirijírsenos, seguros de que serán servidos con la puntualidad que tan acreditada tiene la casa Riera.